





EL MURO DE BERLÍN



Frederick Taylor

EL MURO DE BERLÍN

13 de agosto de 1961 — 9 de noviembre de 1989

Traducción de Antoni Puigròs



Título original: *The Berlin Wall*
Publicado originalmente por Bloomsbury Publishing

© Frederick Taylor 2006
© de la traducción: 2009, Antoni Puigròs
© de esta edición: 2009, RBA Libros, S.A.
Pérez Galdós, 36 - 08012 Barcelona
rba-libros@rba.es / www.rbalibros.com

Primera edición: Octubre 2009

Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de esta publicación
puede ser reproducida, almacenada
o transmitida por ningún medio
sin permiso del editor.

REF.: ONFI231 / ISBN: 978-84-9867-636-5
DEPÓSITO LEGAL: 0.000-2009
Composición: Víctor Igual, S.L.
Impreso por

A mi padre
Thomas George Arthur Taylor, 1909-1961



Mediante el engaño, el soborno y la extorsión, entes gubernamentales e intereses militares de Alemania Occidental inducen a determinados elementos inestables de la República Democrática de Alemania a que marchen a Alemania Occidental [...] Los Estados miembros del Pacto de Varsovia deben dar los pasos necesarios para garantizar su seguridad y, por encima de todo, la seguridad de la RDA.

DECLARACIÓN DEL PACTO DE VARSOVIA, emitida a la 1:11 a.m.,
el domingo 13 de agosto de 1961, cuando se colocó
el primer alambre de espino a lo largo de la frontera entre
Berlín Oriental y Berlín Occidental

Durante todo el otoño, la exasperación y la conmoción
de la guerra nuclear;
hablamos sobre nuestra muerte y extinción.

ROBERT LOWELL, *Fall* 1961

El resultado más frecuente de recurrir a medidas de fortificación, dijo Austerlitz, marcadas en general por una tendencia a la explicación paranoide, era que llamabas la atención hacia tu punto más débil.

W. G. SEBALD, *Austerlitz*

Así que [...] construyeron el muro para impedir que la gente se marchara, y ahora lo derriban para impedir que la gente se marche. Ya me dirás si es lógico.

Cliente anónimo de un bar de Berlín Oriental,
justo después de la caída del muro,
noviembre de 1989



ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	13
<i>Lista de ilustraciones y créditos</i>	15
<i>Esquema de un sector del muro</i>	17
<i>Mapa</i>	18
Prólogo: Bienvenidos al muro	21
Introducción: Veinte años después	31

ARENA

1. Ciudad pantanosa	41
2. Rojos	57
3. «Debe parecer democrático, pero todo tiene que estar en nuestras manos»	70
4. Bloqueo	92

SANGRE

5. «Disolver el pueblo y elegir otro»	109
6. Los príncipes herederos	136
7. Los que deberían obedecer mandan	158
8. Operación Rosa	177

ALAMBRE

9. Domingo con alambradas	215
10. Prisioneros	235
11. «Ese cabrón de Berlín»	252

CEMENTO

12. Juegos en el muro	289
13. Duelo en la Friedrichstrasse	322
14. Evasiones	344
15. «Ich bin ein Berliner»	391

DINERO

16. La cárcel surrealista	411
17. Final del juego	437
18. La caída del muro	462

Epílogo: El robo de la esperanza	489
----------------------------------	-----

<i>Notas</i>	511
--------------	-----

<i>Bibliografía</i>	537
---------------------	-----

<i>Índice onomástico</i>	545
--------------------------	-----

AGRADECIMIENTOS

Ningún escritor, sobre todo si escribe sobre historia, puede afirmar que es el único autor del libro que lleva su nombre. La cooperación y la ayuda de muchas personas e instituciones de Gran Bretaña, Estados Unidos y Alemania han sido vitales en la investigación y redacción de este libro.

En el Bundesarchiv (Sección SAPMO-DDR) de Berlín-Lichterfelde, todo el personal se prestó a colaborar más allá de lo que les dictaba el deber, pero en particular me siento agradecido a las señoras Beate Friedrich y Petra Rauschenbach por su ayuda al guiarme a través de esa colección enorme, que todavía estaba en proceso de reorganización durante mi visita en invierno de 2004.

En Estados Unidos, el personal de la National Archives and Records Administration en College Park, Maryland, posibilitó que aprovechara al máximo el tiempo que pasé allí. Me siento agradecido en especial a Wilbert Mahoney, a Marvin F. Russell y por último a Steven Tiley, jefe de accesos especiales/FOIA, cuya ayuda fue crucial para acceder a documentos que aún no estaban del todo desclasificados. En cualquier caso, sería difícil detestar una institución situada en un sitio de asombrosa belleza natural —y donde además, de forma habitual, en la cafetería sirven langosta para almorzar—, pero además en la John F. Kennedy Presidential Library de Boston, la señora Sharon Ann Kelly afrontó incansable y desinteresadamente todas mis peticiones, contribuyendo a que mi visita allí fuera todavía más placentera.

Por último, en todas partes el personal se mostró amistoso y colaborador, y no lo fue en menor grado el de los Archivos Nacionales (la antigua Public Record Office) de Kew, si bien en ese caso me gustaría añadir un

comentario elogioso suplementario. En ningún otro lugar he visto a tantos ciudadanos corrientes, así como investigadores especializados, hacer uso de los servicios de un archivo con la naturalidad y aplomo con que lo hacen allí. Y esto se debe justo a la eficiencia, amabilidad y facilidades de Kew, que hace de los Archivos Nacionales una verdadera institución pública, de la que todos los británicos podemos sentirnos realmente orgullosos.

Todos aquellos que mediante entrevistas cara a cara me han ayudado con sus recuerdos del muro de Berlín, y de la crisis de la Guerra Fría que lo acompañó, se mencionan en algún otro lugar del libro, pero quiero expresarles aquí mi más sincero agradecimiento. También me gustaría dar las gracias de manera especial a Götz y Regine Bergander, y a Joachim e Iwonna Trenkner, por sus recuerdos y su hospitalidad durante mis estancias en Berlín.

Por su ayuda, consejo y paciencia, pero también por su colaboración en lo relativo a los plazos de entrega, debo dar las gracias a Bill Swainson, mi editor en Bloomsbury Publishing en Londres, y a Tim Duggan, que se hizo cargo del libro en HarperCollins en Nueva York cuando Dan Conaway se marchó a una gloria superior. También quiero dar las gracias a la ayudante de Bill, Sarah Marcus, cuyo enfoque enérgico y creativo a la hora de enfrentarse a permisos, selección de fotografías y en general a la entrega del manuscrito a la imprenta me quitó un gran peso de encima. Mis agentes, Jane Turnbull en Londres y Emma Parry en Nueva York, demostraron una vez más ser las mejores amigas de un escritor.

Dedico este libro a mi padre por razones que más adelante se entenderán, pero en gran medida se terminó gracias a la asombrosa paciencia y consideración que mi esposa, Alice Kavounas Taylor, sigue demostrando inexplicablemente ante mis cambios de humor de escritor y ante las muchas horas que paso trabajando.

FREDERICK TAYLOR
Saint Keverne, Cornwallles
3 de julio de 2006

LISTA DE ILUSTRACIONES Y CRÉDITOS

- Vencedores y vencidos: Berlín, agosto de 1945. (© *Hulton-Deutsch Collection/COR*)
- El bloqueo: aterrizaje en Tempelhof, 1948. (*Ullstein bild*)
- Piedras contra tanques, 17 de junio de 1953. (*Ullstein bild*)
- La Kurfürstendamm, Berlín Occidental, 1960. (*Ullstein bild*)
- «Nadie tiene intención de construir un muro.» Walter Ulbricht, 15 de junio de 1961. (*Ullstein: dpa*)
- Refugiados exhaustos: recepción en el campo de Marienfelde, julio de 1961. (*Landesarchiv Berlin/Schültz, Gert*)
- Las primeras horas: guardias fronterizos en la Potsdamer Platz, 13 de agosto de 1961. (*Ullstein: Alex Waidmann*)
- Construcción del muro, agosto de 1961.
- Milicianos obreros de Alemania Oriental, 14 de agosto de 1961. (*Ullstein: AKG Pressebild*)
- Familias divididas, agosto de 1961. (© *Bettmann/Corbis*)
- Familias huyendo, Bernauer Strasse, agosto de 1961. (*Ullstein: AKG Pressebild*)
- Conrad Schumann salta por encima del alambre de espino, 15 de agosto de 1961. (*Ullstein: Leibing*)
- Una mujer de setenta y siete años de Berlín Oriental, atrapada en un tira y afloja entre los Vopos desde la ventana, y los berlineses occidentales desde la calle. Bernauer Strasse, 24 de septiembre de 1961. (*Ullstein: Alex Waidmann*)
- El general Clay (*izquierda*), el vicepresidente Johnson (*centro*) y el alcalde Willy Brandt (*derecha*), 20 de agosto de 1961. (*Ullstein: Jacoby*)

Los berlineses dan la bienvenida a los refuerzos de Estados Unidos, 20 de agosto de 1961. (*Ullstein: Berlin-Bild*)

Götz Bergander ante el Reichstag, 1960.

Regine, la prometida de Bergander, Berlín Occidental, 1960.

Joachim Trenkner, refugiado de Alemania Oriental, en su nuevo «coche burbuja», verano de 1961.

Tropas de Estados Unidos escoltan a oficiales norteamericanos en su entrada a la zona oriental a través de Checkpoint Charlie, octubre de 1961. (*Ullstein: Jurisch [L]*)

Un Vopo inspecciona un túnel, enero de 1962. (*Ullstein: Popper Ltd.*)

Duelo en la Friedrichstrasse, 28 de octubre de 1961. (*Ullstein: dpa*)

Harry Deterling, el maquinista del «tren de la libertad», y su familia, diciembre de 1961. (*Ullstein: dpa*)

Peter Fechter agonizando frente al muro, 17 de agosto de 1962. (*Ullstein: Gadewoltz*)

El presidente Kennedy (*cuarto desde la izquierda*) en Berlín, junio de 1963. (*Ullstein: Jurisch [L]*)

Vopos patrullando un cementerio junto al muro, 1963. (*Ullstein: Rufenach*)

Rendijas en el muro, 1966. (*Hulton Archive/Getty Images*)

Terror cotidiano: el muro en los años ochenta. (© *Thierry Noir, 1986. Esta fotografía la tomó Thierry Noir en 1986 desde la Bethaniendamm de Kreuzberg, Berlín*)

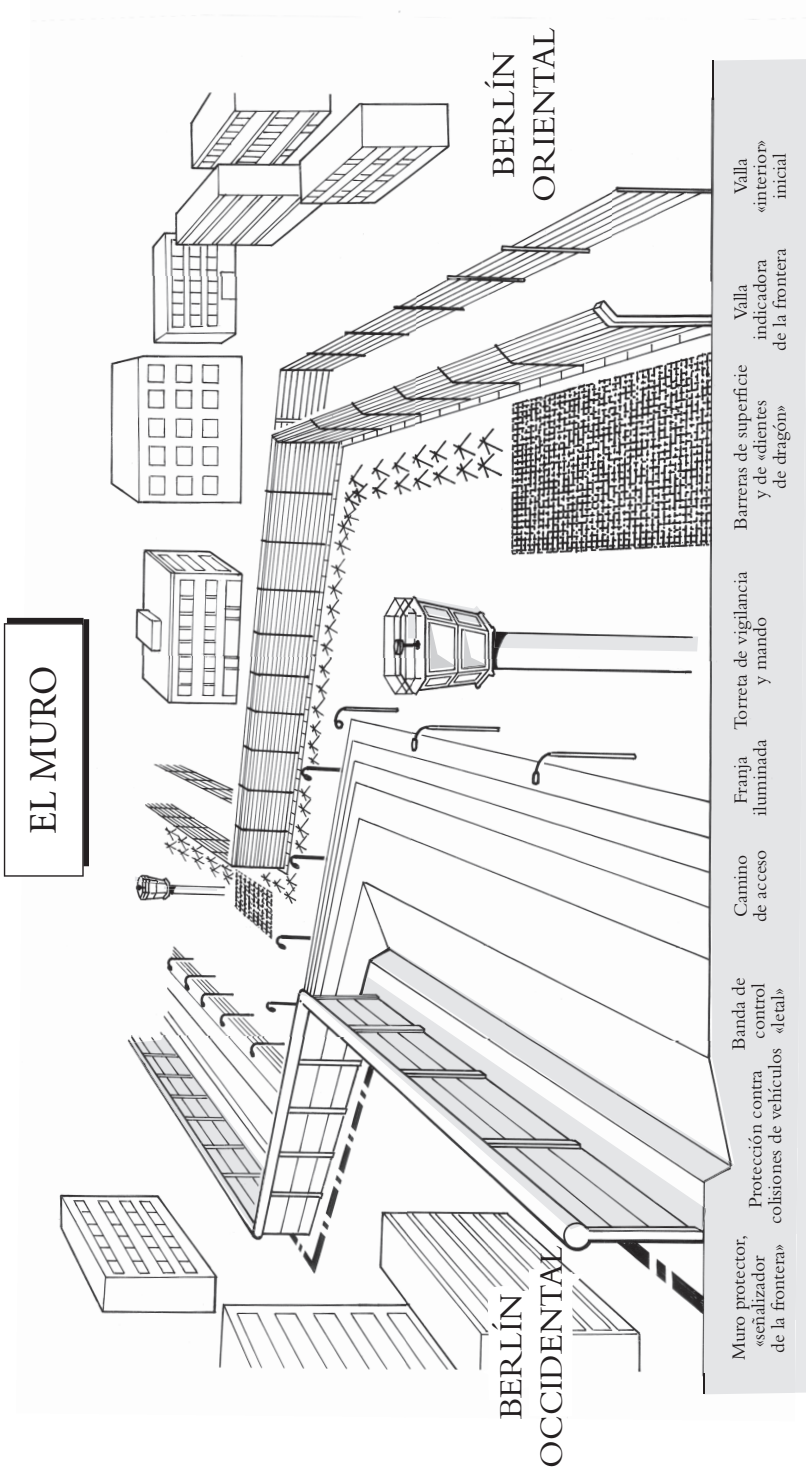
Edificación competitiva (zona occidental): sede central de Axel Springer, justo al lado del muro, con el monumento conmemorativo a Peter Fechter (*primer término*). (*Ullstein: Lehnartz*)

Edificación competitiva (zona oriental): Karl-Marx-Allee (antigua Stalin-allee) con la torre de la televisión (*fondo a la izquierda*) y el hotel Stadt Berlin en construcción (*fondo a la derecha*). (*Ullstein: Winkler*)

El «pequeño» Honecker y el «gran» Kohl, Bonn, septiembre de 1987. (*Ullstein: Werek*)

La Puerta de Brandemburgo en los años ochenta. (*Fridmar Damm/zefa/Corbis*)

La caída del muro, noviembre de 1989. (Arriba: *Ullstein: AKG Pressebild*. Abajo: *AP/EMPICS*)



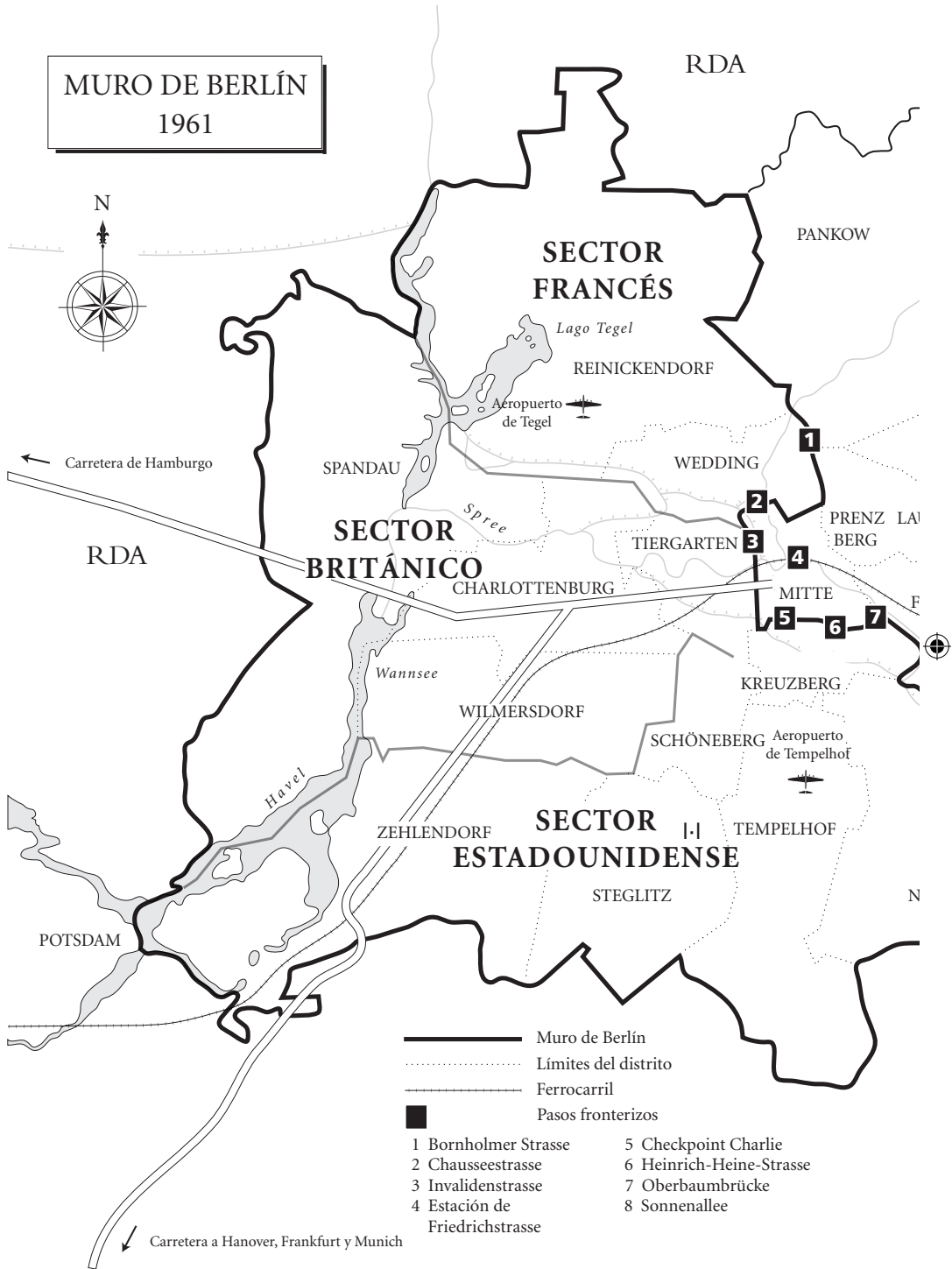
EL MURO

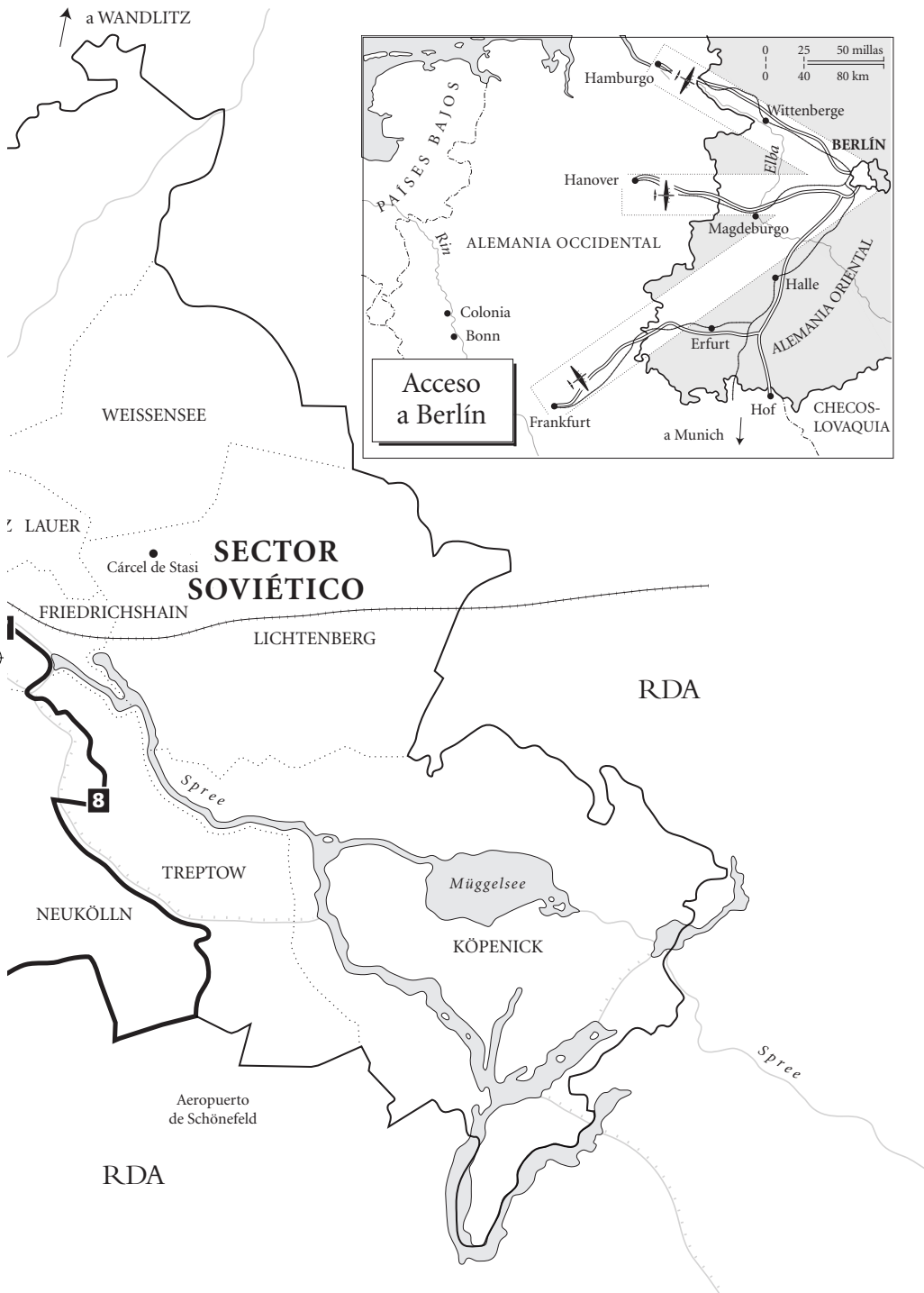
BERLÍN
ORIENTAL

BERLÍN
OCCIDENTAL

- Muro protector, «señalizador de la frontera»
- Protección contra colisiones de vehículos «letal»
- Banda de control
- Camino de acceso
- Franja iluminada
- Torreta de vigilancia y mando
- Barreiras de superficie y de «dientes de dragón»
- Valla indicadora de la frontera
- Valla «interior» inicial

MURO DE BERLÍN
1961







PRÓLOGO

BIENVENIDOS AL MURO

Ocurrió un fin de semana de agosto, en 1961. Yo había pasado una infancia feliz y alcanzado la edad de trece años, el umbral de la adolescencia, sin demasiados acontecimientos adversos. Ahora bien, había una nube en el horizonte de nuestra familia. Mi padre no se encontraba bien, nada bien. El tabaco, único vicio que hasta entonces yo le conocía, le había costado ya uno de sus pulmones. Parecía recuperado después de la operación que le habían practicado dieciocho meses atrás, pero aquel verano se le volvía a ver débil y cansado, y a menudo tenía que guardar cama. Yo solía subir al dormitorio para hablar con él y hacerle compañía. Por eso me acuerdo de que era un fin de semana, porque habíamos comentado un artículo publicado en la prensa dominical. En el mundo pasaban cosas importantes, que no presagiaban nada bueno.

Esa misma noche, papá sufrió un grave ataque al corazón. Nuestra vecina, que era enfermera, acudió presurosa y a través de la puerta del dormitorio entreabierta vislumbré cómo le bombeaba el pecho para mantenerle con vida. Luego nos convencieron amablemente para que nos quedáramos abajo. Vino el médico. A fin de mantenernos distraídos, alguien conectó el televisor. Parpadeantes imágenes en blanco y negro de un paisaje urbano, con personas enfurecidas, gente armada y alambre de espino. Tal vez un par de coches de vigilancia. El recuerdo, igual que las imágenes, es algo confuso. Ha pasado mucho tiempo.

Sigo sin saber si eso ha tenido algo que ver con el hecho de que decidiese escribir este libro, pero para mí el muro de Berlín irá siempre asociado no sólo con el estado del mundo entonces y ahora, sino con una intensa sensación de final, de separación. El día en que lo levantaron señalará el

fin de una parte de mi vida y el inicio de otra más dura, como también lo haría para millones de otros seres humanos. La diferencia estriba en que mis apuros a partir de ese día no fueron económicos, ni geográficos, ni políticos; de hecho, no tuvieron nada que ver con Berlín en sí.

Mi padre se quedó en el primer piso durante bastante tiempo. Creo que temían trasladarlo. Sólo le vi otra vez, más tarde aquella noche, y en esa ocasión desde la entrada de mi dormitorio. Los enfermeros de la ambulancia —paramédicos los llaman ahora— lo transportaban por el pasillo en una camilla. Estaba consciente y miraba a su alrededor. Su expresión era grave, pero tranquila, como si sintiera curiosidad por lo que le estaba pasando.

Después de que se lo llevaran al hospital sufrió otra obstrucción coronaria, y ésta lo mató. La fecha fue el 14 de agosto de 1961. El día anterior, domingo 13 de agosto, se había levantado el esbozo de lo que más adelante se conocería como «el muro de Berlín», dividiendo la gran ciudad y separando seres humanos de otros seres humanos, amigos de otros amigos, padres de hijos, hermanos y hermanas de otros hermanos y hermanas. Por supuesto, también fue el día en que me separaron de mi padre. La barrera que le separó de nosotros fue oscura, misteriosa y sobre todo permanente. La de Berlín fue brutal, material y nada misteriosa. Además, al final resultó que no fue permanente, si bien en aquel momento no podíamos saberlo.

Yo llegaría por primera vez a Berlín exactamente cuatro años después, en agosto de 1965, cuando se tenía la sensación de que el muro estaría allí para siempre. Entonces yo tenía diecisiete años y me faltaba un año para los exámenes finales en el instituto, los del bachillerato. Había empezado a estudiar alemán el año anterior a la muerte de mi padre y ahora estaba allí, en un viaje escolar a la ciudad que yo había observado cómo se desgarraba en dos cuando él murió. Recordaba las imágenes de aquella noche de 1961, pero cuando llegué el paisaje urbano era en color, y su apariencia, en lugar de espectral e iluminada en exceso, como en una película muda de misterio —que era en cierto modo como yo lo había imaginado—, no se diferenciaba demasiado del Londres de aquel entonces. Pero un Londres con muchos más agujeros provocados por bombas y granadas donde antes debía de haber edificios, y con lo que todavía semejava una improvisada y destartada barrera de cemento y alambrada que dividía la ciudad.

El hotel donde nos alojaron —más bien una fonda, imagino— estaba en una esquina de la antes grande —pero todavía en ruinas y sin recons-

truir— Askanischer Platz, en el distrito de Kreuzberg, en Berlín Occidental. Frente a nuestro hotel estaba la destrozada fachada de entrada a la Anhalter Bahnhof, todo cuanto quedaba de lo que en el pasado había sido la estación terminal ferroviaria más grande de Berlín, destruida en la gran ofensiva aérea de los americanos el 3 de febrero de 1945, que arrasó casi toda esa parte de Berlín. Un par de centenares de metros más adelante se alzaba el muro y, a muy poca distancia a pie, el famoso paso fronterizo para extranjeros, conocido como Checkpoint Charlie.

Cerca del hotel había una plataforma de madera, con unos cuantos escalones, a la que se subía para ver el interior de la zona oriental. En aquel entonces, la vista consistía primordialmente en los edificios gubernamentales destrozados y abandonados desde hacía tiempo en la Leipziger Strasse y la Wilhelmstrasse. Ahora sé que aquél era el «distrito gubernamental», y que uno de los edificios más destacados era el famoso Ministerio del Aire de Hermann Goering, construido en los años treinta. Parecía una ruina. Silencioso y vacío, con hierbajos creciendo entre los adoquines y el cemento de las calles desiertas de tráfico.

Creo que éramos en torno a una docena, dirigidos por nuestro amable profesor de alemán, el señor Kitson, y el auxiliar de lengua alemana de aquel curso, un joven universitario austriaco, alegre y atildado, que tenía la costumbre de canturrear y dar unos breves pasos de baile mientras paseábamos, lo cual, después de acostumbrarte, resultaba bastante divertido. Sin duda se trataba, creo recordar ahora, de una especie de viaje de estudios políticos subvencionado.

Recuerdo que lo primero que me sorprendió en Berlín Occidental fue lo poco «estereotipados» (es decir, como los alemanes de las películas de guerra) que eran sus habitantes. Había muy pocos uniformes, mucha indumentaria informal, eran algo más rubios y de piel rosada que la mayoría de los británicos, pero, sorprendentemente, o incluso decepcionantemente, se les vía muy normales. Y por lo que podía entender con mi todavía limitado dominio del alemán, parecían poseer un descarado sentido del humor, semejante al *cockney* del East End londinense. Nos llevaron a un típico cabaret berlinés, donde vimos un número en el que tres actrices interpretaban una canción de «tres colegialas», ataviadas con impermeables transparentes y zapatos de tacón de aguja, supuestamente unas chicas que hacían la calle en Augsburger Strasse. Incluso capté algunos de sus chistes, como que cuando estaban más ocupadas era siempre que el Parlamento de Alemania Occidental celebraba reuniones en Berlín. Fue el que

más risas provocó entre el público. Los berlineses no se distinguen por una elevada respetuosidad.

Antes de emprender nuestra primera excursión tras el «telón de acero» y pasar a Berlín Oriental, en la zona occidental nos agasajaron con café, pasteles y una sesión informativa sobre la Guerra Fría, impartida por un joven que en un primer momento pensé que debía de ser estadounidense —cabello cortado al cepillo, camisa desabrochada, gafas con montura de concha— pero que, a pesar de que nos habló con un inglés de marcado acento americano, resultó ser de Berlín Occidental. Nos contó lo que ya habíamos advertido a los pocos minutos de llegar a nuestro alojamiento y dar un paseo por la manzana: que el muro de Berlín era una monstruosidad erigida por un pueblo que consideraba la libertad como algo no sólo prescindible, sino en realidad muy peligroso.

De modo que cuando por fin una mañana cruzamos en grupo la frontera, me sentí bastante adulto e incluso familiarizado con aquello. Me acordé de papá, que durante la guerra había servido en el norte de África y que decía que allí los alemanes siempre le habían caído bien y los respetaba, incluso a pesar de que intentaran matarlo. Su comandante, el general Rommel, era uno de los que sin duda le hubiese gustado tener en su bando. Los alemanes de El Alamein y de otros lugares a lo largo de la costa eran soldados corrientes, normales, del Afrika Korps, no los repugnantes miembros de la Gestapo o de las SS que cometieron las terribles atrocidades en el frente oriental y en los países ocupados. La mayoría de los habitantes de Berlín Occidental me parecieron como los soldados corrientes que recordaba mi padre.

Por tanto, el primer impacto lo produjeron la actitud y el aspecto de los uniformados alemanes de la zona oriental en el puesto de control. Rostro glacial, lacónicos, mirando repetidas veces la fotografía del pasaporte y luego a mí, y así aparentemente hasta el infinito. Impartían las órdenes en un alemán que yo no podía entender: ahora me doy cuenta de que probablemente los habían traído de Sajonia, como a muchos de los guardias fronterizos, y que habituarse a su dialecto requería cierto tiempo. Aunque intentábamos de forma poco convincente adaptar nuestro lenguaje corporal al de un paseo, al pasar ante los últimos guardias y entrar en la zona despejada y sin rótulos publicitarios tuve que reprimirme para no volver la cabeza y comprobar si nos seguían vigilando.

Y los uniformes... Los había por todos lados. La verdad era que recordaban, con gran intensidad, los que llevaban los malvados nazis de las

películas bélicas. Un poco más adelante, cuando nos detuvimos a contemplar la neoclásica Neue Wache (Nuevo Cuerpo de Guardia), en Unter den Linden, los soldados que estaban de guardia marcaban... ¡el paso de la oca! ¡Y llevaban botas altas! Sujeto a la cabeza lucían un extraño híbrido entre el casco de minero de la Wehrmacht y el clásico casco modelo años cuarenta del Ejército Rojo.

Realizamos el recorrido histórico. Los alemanes de Berlín Oriental habían empezado a restaurar algunos de los hermosos edificios neoclásicos con un respeto que yo, ingenuamente, no habría esperado de los comunistas. Y cuando la tarde dio paso al anochecer, todos nos concentramos en un edificio nuevo de la Alexanderplatz, el corazón de Berlín Oriental. Cubierto con un mural enorme, seudopicassiano, el centro se llamaba Haus des Lehrers (Hogar del Maestro), que imagino debía de ser alguna broma privada para nuestro jefe de viaje, el señor Kitson, o puede que él tuviera algún tipo de acuerdo gremial allí. En el edificio había un restaurante y un salón para celebrar algún tipo de acontecimiento. En él nos sirvieron la cena. No recuerdo gran cosa de la comida, sólo que conseguí agenciarme una cerveza, a pesar de que todavía no había cumplido los dieciocho años.

Lo que sí recuerdo es que al salir y disponernos a bajar la escalera para abandonar el edificio, un hombre que rondaba el final de la treintena o el comienzo de los cuarenta, ataviado con el uniforme del ejército de Alemania Oriental, con enormes y recargadas charreteras que desde veinte metros de distancia indicaban su veteranía, y por supuesto las reglamentarias botas altas de militar, fijó en mí su pálida y acerada mirada. Luego soltó un gruñido y me lanzó una arenga —mi alemán era lo bastante bueno para entenderle— respecto a que yo era un decadente renacuajo con el pelo demasiado largo (era lo que se llevaba por aquel entonces) y poco respeto hacia el uniforme. Si yo viviera en su país sabría qué hacer conmigo. ¡Por supuesto que sí! ¡Sabría cómo hacer de mí un hombre!

El efecto intimidatorio militar se vio ligeramente invalidado por el hecho de que no cabía la menor duda de que estaba borracho, y porque del brazo llevaba a una rubia teñida y de labios fruncidos que, incluso para mis inexpertos ojos, probablemente no era su esposa. Aun así, fue una experiencia bastante intimidatoria. Confundiendo mi tímido silencio con insolencia, el importante militar de Alemania Oriental siguió de esta guisa durante unos minutos. Cuando llegó al tipo de corte de pelo que me haría, la doble de Bardot que llevaba a su lado empezó a tironearle de la manga, pero el mensaje había quedado muy claro.

Me di cuenta de que Alemania Oriental podía fingir ser el paraíso de la clase trabajadora, pero cuando la mirabas de cerca y dejabas a un lado las guarderías gratuitas, los pisos baratos y un empleo para toda la vida, el país se reducía al ejercicio del poder. De un poder sin límites, en estado puro. Un poder capaz de levantar un muro para mantener cautivos a 17 millones de seres humanos, 17 millones de personas en un país donde los tipos como el militar borracho de la Haus des Lehrers podían gritarles lo que debían hacer, y ellas debían limitarse a callar y asentir. Después del 13 de agosto de 1961 no hubo ningún sitio al que pudieran acudir aquellas personas, y nada podían hacer para pararles los pies.

Salimos indemnes de allí. Imagino que el señor Kitson había adquirido cierta experiencia política cuando estuvo en Alemania con el ejército poco después de que finalizara la guerra. O puede que la rubia lograra convencer a su acompañante de que había cosas mejores que hacer que intimidar a unos esmirriados muchachitos británicos que se creían el quinto Beatle. Finalmente, hacia la medianoche —siempre la hora de las brujas en aquella época del muro, cuando expiraban los pases de visita diurna para extranjeros—, salimos del complejo del control fronterizo para regresar a Berlín Occidental, a pocos centenares de metros de nuestro hotel, donde dejamos escapar un suspiro de alivio colectivo. Soltamos algunas expresiones zafias —de hecho las gritamos— sobre el régimen que acabábamos de experimentar, y que nos alegrábamos de haber dejado atrás.

Realicé otro par de viajes a Berlín, en calidad de alumno que estudiaba lengua e historia alemanas. Pero en 1972-1973, mientras investigaba para una tesis sobre la antigua derecha alemana de antes de la Primera Guerra Mundial, regresé al Este con algo más en mente que la simple excursión de un día. Si bien gran parte del material posterior a 1918 estaba en Alemania Occidental, por los avatares de la guerra casi todo el material anterior a 1918 había quedado en los archivos de Alemania Oriental. Tendría que ir al Este durante varias semanas, si no meses.

Resultaba fácil hacer una improvisada excursión de un día a Berlín Oriental, tal como hacían muchos turistas; pero pasar algún tiempo al otro lado de la frontera, pisar el sagrado suelo de la misma RDA, ya era otro cantar. Las trabas burocráticas que implicaba obtener un permiso de residencia que permitiese visitar aquellos archivos en la zona oriental resultaban agotadoras.

Mientras me alojaba en Berlín Occidental con un alemán amigo de un amigo mío, tuve que cruzar lo que me parecieron innumerables veces

—aunque no debieron ser más de tres— el control de la Friedrichstrasse, y luego pasar por el cuartel general de la policía en la Alexanderplatz, que resultó estar frente a la Haus des Lehrers. Allí tenía que hacer cola y experimentar, con toda su fuerza, la antipatía y el recelo del Estado de los Trabajadores y los Campesinos hacia la gente que pretendía visitarlo. Recuerdo que estaba detrás de un sudamericano delgaducho y sonriente, que pretendía, ingenuo él, obtener permiso para llevar su bicicleta —sí, una bicicleta de pedales— a través del territorio de la República Democrática Alemana hasta Praga. ¡Ah! ¡Esto era imposible! ¿Por qué quería hacer una cosa así? La mirada del agente de Alemania Oriental expresaba: «Eres un espía. Tienes que ser un espía. ¡Permiso denegado!».

El burocrático guardia no se mostró más considerado conmigo, pero yo ya había cumplido con todo el papeleo reglamentario. Así que al final obtuve permiso para una estancia de tres semanas en Potsdam, justo al oeste de Berlín Occidental. Esto conllevó tener que cambiar lo que para un estudiante era una enorme cantidad de divisas occidentales por unos cuantos marcos del Este sin apenas valor, y también registrarme en una casa de huéspedes seleccionada por las autoridades de Alemania Oriental. Para dicha reserva también tuve que pagar por adelantado, con dinero occidental y a un cambio de divisas exorbitante.

Aunque Potsdam se encontraba nada más cruzar el río Havel desde el distrito de Wannsee, en Berlín Occidental —literalmente a treinta segundos a pie nada más cruzar el puente—, no se me permitió acercarme por esa vía. No: tuve que cruzar por la estación de Friedrichstrasse, luego embarcarme en un viaje de dos horas con un tren de cercanías hasta la frontera oriental de Berlín Oriental, de allí cambiar a otro tren que me llevó por un lento y largo trayecto siguiendo el perímetro de toda la ciudad, hasta que por fin llegué a Potsdam, donde presenté el permiso que me facultaba, como extranjero de un país occidental, a permanecer en suelo de la RDA. Lo curioso era que el edificio del archivo también se podía ver desde Berlín Occidental. A la hora del almuerzo solía interrumpir mi trabajo con los expedientes y pasear por el hermoso parque a orillas del río, justo al lado del edificio: un escenario idílico de no haber sido por los letreros de advertencia, los guardias armados que patrullaban con sus lanchas y el alambre de espino que adornaba el cercano puente de Glienicke. El puente estaba cerrado desde el 13 de agosto de 1961, con la excepción, bastante conocida por todos, del esporádico intercambio de espías entre los países del Este y Occidente. Incluso en la RDA, el país de las normas, había siempre alguna excepción.

No obstante, la coacción espontánea del poder siempre estaba presente. Otra de mis prolongadas visitas a Alemania Oriental estuvo relacionada con la consulta de una serie distinta de pruebas. Esos documentos se hallaban almacenados en el segundo mayor archivo de la RDA, en Merseburg, en las afueras de Halle, a unos doscientos kilómetros al sur de Berlín. Había un pequeño grupo de estudiantes occidentales que aquel verano realizaban trabajos de investigación allí y, como es lógico, pasábamos mucho tiempo juntos. Tomábamos comidas sencillas en las pequeñas y sombrías fondas del pueblo —fuera del escaparate de Berlín Oriental, las cosas se deterioraban con celeridad—, abusábamos un poco de la cerveza barata y charlábamos con los habitantes de la localidad. Ahí es donde empecé a entender a la gente, y me gustó lo que descubrí. Nuestros compañeros bebedores solían ser obreros de Leuna, la enorme fábrica de productos químicos y principal fuente de trabajo de la zona. Nos hablaban sin tapujos de la espantosa contaminación ambiental, de la arrogancia de los directivos de la fábrica, de la falta de escrúpulos en la búsqueda de cuotas y de normas, un revoltijo de resultados tan competitivo como en el mundo de los negocios capitalista. Los sindicatos independientes, o el periodismo de investigación, o cualquier contrapeso de los que podemos hallar en una sociedad plural, con independencia de los errores que puedan cometer, eran, como es lógico, inexistentes en la RDA.

La otra pregunta más frecuente que nos hacían, sobre todo aquellos que no habían cumplido aún los veinticinco años, era: «¿Conoces a los Rolling Stones?». Y mi respuesta: «Sí, claro. Tengo varios de sus álbumes en casa». Una pausa. Suspiro. «No, me refiero a si los conoces de verdad.»

Sin embargo, por muy deseosos que los alemanes del Este estuviesen de hablar, uno empezaba a advertir que la mayoría a menudo fruncían los ojos y observaban de reojo antes de atreverse. Miraban a su alrededor para asegurarse de que ningún desconocido les estaba escuchando, luego empezaban a hablar: por lo general se quejaban de la escasa calidad de todo lo que podían adquirir en las tiendas, ya que cualquier artículo decente se destinaba a la exportación para obtener divisas fuertes. De política «en mayúsculas» apenas se hablaba. Entonces aparecía aquella mirada de reojo, una mirada característica de una gente atrapada en un pequeño país sin salida, un país donde expresar disconformidad, o siquiera un ligero deseo de viajar, te exponía a que fueras acusado de traición.

Por supuesto, también estaban aquellos para los que la vida en la RDA era estupenda; fantástica, de hecho. Pude comprobarlo también en mi viaje a Merseburg. Se suponía que debíamos quedarnos en el distrito para el cual nos habían concedido el visado, pero, como los insolentes mocosos capitalistas que éramos, cuando llegaba el fin de semana ignorábamos esa norma. Nos apretujamos en un tren que nos llevó en un ilícito viaje de un día a la capital cultural de Alemania, a Weimar, donde habían residido Goethe y Schiller. Tuvimos suerte. En Weimar había bastantes turistas, de modo que nuestra presencia no llamó la atención. Además, tuvimos la fortuna de que nadie comprobó nuestros visados. Aquella tarde de domingo, antes de coger el tren de regreso a Merseburg, nos acercamos al mejor hotel de la ciudad, el Zum Elefanten, y bajamos al sótano para encargarnos algo de cena.

Allí nos encontramos con la habitual mirada apática de los camareros empleados del Estado, entrenados al parecer para no prestarte atención. Esperamos mucho para que nos sirvieran las bebidas, y todavía más para que nos trajeran el menú. Al poco rato, en una esquina, empezó a llamarnos la atención un grupo de hombres de mediana edad, no especialmente distinguidos. Un poco escandalosos, en realidad. Flojas las corbatas, las chaquetas de sus trajes baratos colgadas de los respaldos de las sillas. Sin embargo, los camareros respondían como un rayo a todas sus peticiones, al menor chasquido de sus dedos manchados de nicotina, y les sonreían por cualquier comentario banal. Con actitud servil, de hecho. ¿Cómo era eso posible? Luego, al pasar junto al grupo en dirección al guardarropa, comprendí la razón. Observé la pequeña insignia del partido primero en la solapa de una de las chaquetas, y acto seguido en otra. Aquéllos eran los jefes locales comunistas (del SED, el Partido Socialista Unificado). Años más tarde reconocería algunas similitudes entre esa escena y la película *Uno de los nuestros*, de Martin Scorsese, donde un matón relacionado con la mafia se presenta en un restaurante y, al ver que le consideran uno de los suyos, él se siente como un rey...

Como la mayoría de las mafias, la comunista, tanto en Alemania Oriental como en cualquier otro sitio, se implantó porque al principio parecía ofrecer esperanza y protección a los oprimidos. Y en cierto modo era así, pero a cambio de un elevadísimo coste en libertad y en satisfacción. Y, como cualquier mafia, una vez se había adueñado de las masas, no se atrevía a concederles la posibilidad de elegir. Quién sabe, tal vez en los desgraciados tiempos allá en Sicilia —incluso sin los asfixiantes meca-

nismos exculpatorios del marxismo-leninismo para apoyar su dominio—, los padrinos estuvieran convencidos de que la opresión que ejercían era por el bien de su gente.

Esa combinación de tono moral en lo alto y opresión en lo bajo nos resulta ciertamente familiar.

Bienvenidos al muro de Berlín. Este libro aspira a explicar un poco por qué, con sangre y arena, y luego con alambre de espino y cemento, este mundo cerrado llegó a existir, por qué disfrutó de un hediondo florecimiento durante la mitad de lo que dura una vida humana, y por qué en una noche imprevista e impredecible, dominada por la euforia, llegó a su fin.

INTRODUCCIÓN

VEINTE AÑOS DESPUÉS

El lunes 9 de noviembre de 2009 será el veinte aniversario de aquella noche dramática en que el muro de Berlín, que simbolizó la división de Alemania y del mundo entre capitalismo y comunismo, se derribó. De repente vimos con claridad que la Guerra Fría estaba a punto de acabar.

Veinte años suponen el primer ciclo generacional en la vida de los seres humanos. Como individuos, cuando celebramos nuestro veinte aniversario todavía nos queda mucho que esperar con ilusión, pero también, y quizá por primera vez, hay mucho hacia lo cual volver nuestra mirada. El mundo posterior a la Guerra Fría ha llegado ahora a ese mismo cambio de ciclo y se dispone a entrar en la madurez.

El año 1989 señaló la caída acelerada de un sistema de gobierno, el del totalitarismo marxista-leninista de dominación soviética, y el triunfo «aparente» de otro en la forma del paradigma capitalismo-corporativismo de dominación estadounidense. Y digo «aparente» porque, por pura coincidencia —si bien incómoda—, se encuentra ahora ante el desafío de unos graves problemas económicos y políticos impredecibles hace dos décadas.

Pocos fueron los que hicieron caso de los comentaristas que vieron la caída del muro de Berlín y la ulterior defunción del comunismo en Europa como «el fin de la historia». Pero la mayoría de nosotros nos atrevimos a esperar una paz relativamente suficiente, y una colaboración genuina entre los pueblos, sin partidismos, para solventar los problemas del planeta. Teníamos la sensación de que ésta sería nuestra recompensa por haber luchado durante más de cuatro décadas en las que la amenaza de una destrucción nuclear y la grave restricción de las libertades habían servido de

barricada callejera ante nuestro horizonte psicológico. Habíamos esperado que las cosas fueran diferentes, y lo fueron. O así parecía en aquel jubiloso otoño de 1989.

Por eso este año nos encuentra no sólo celebrando un aniversario, sino también —para continuar con la metáfora— experimentando la ansiedad de un nuevo adulto frente a un futuro en el que las ilusiones adolescentes se desvanecen y la absoluta complejidad de la vida se vuelve amenazadoramente aparente. Ésta no es una sensación agradable, sobre todo si viene después de una época en que las esperanzas eran tantas.

Podemos tener incluso la seria tentación de experimentar nostalgia por la época de la Guerra Fría. Entonces nos enfrentábamos a la amenaza constante del exterminio nuclear, es cierto; sin embargo, sólo con que pudiéramos ignorar esto (cosa que la mayoría de nosotros lo logramos), la vida era, en términos prácticos, predecible y segura. Y esto era válido tanto para el Este como para Occidente.

En la Alemania moderna, reunificada, existe el fenómeno llamado *Ostalgie* (Estealgia, o nostalgia por el Este), con sus anhelos por la existencia sencilla pero segura de la vida cotidiana comunista: un puesto de trabajo garantizado, un techo bajo el que cobijarse asignado por el Estado, divertidos campamentos juveniles regulados de forma burocrática, y no obstante con una auténtica solidaridad social. Cuando los que nacieron en la antigua Alemania del Este se quejan de lo que han perdido, sus compatriotas occidentales los tildan de *Jammerosis* (tendencia al lloriqueo). En respuesta a esto, claro, los del Este los califican de *Besserwessis* (un juego de palabras que significa «occidentales sabelotodo»). Veinte años después de la reunificación, esos occidentales todavía sermonean a sus compatriotas orientales porque, al parecer, éstos se niegan a trabajar duro y a hacerse responsables de su propia existencia, en vez de confiar en el Estado para que se cuide de todo. Estas dos categorías inventadas no dejan de ser unos clichés, pero, como la mayoría de los clichés, representan algo real: en este caso auténticos conflictos entre puntos de vista sobre el mundo, arraigados en experiencias que cultivaron durante el intenso y radical periodo de cuarenta años en los que Alemania estuvo dividida en dos.

Tales peleas pueden desatarse en cualquier momento, a menudo entre seres humanos aparentemente refinados. Hace poco, en un acto literario celebrado en la antigua Alemania del Este —uno de los primeros organizados para conmemorar el aniversario 1989-2009—, vi a un veterano de los medios de comunicación de Alemania Oriental declarar con amargura

(y reconocida inexactitud) que nunca había conocido a un alemán occidental que hubiese pagado un céntimo por la reconstrucción de la antigua Alemania del Este. Esta declaración fue recibida con una tanda de ataques verbales por parte de un locutor todavía más famoso de Alemania Occidental, el cual incorporó algunas opiniones propias sobre los defectos en la actitud de los orientales hacia los occidentales. Fue una clásica disputa entre *Jammerossis* y *Besserwessis*, y además entretenida al producirse ante una gran audiencia. Al día siguiente me encontré por casualidad con un historiador alemán que había presenciado el altercado. Con una sonrisa sugirió que, en calidad de inglés, al observar a los alemanes orientales y occidentales yo debía de sentirme como un antropólogo investigando contiendas entre tribus primitivas. Yo iba demasiado apurado de tiempo para contestarle con la verdad, que era que él habría experimentado lo mismo si se hubiese visto obligado a compartir una habitación con un inglés y un escocés mientras discutían quién gorroneaba a quién cuando se trataba de repartir los fondos del gobierno británico.

No obstante, pienso que una cosa es innegable en el símil *Jammerossis* y *Besserwessis*: la promesa del canciller Kohl en la campaña electoral de 1990, la primera desde la reunificación, acerca de que el este de Alemania vería «paisajes florecientes», iba a hacerse realidad sólo en parte, en el mejor de los casos. Incluso las nuevas industrias introducidas desde 1989 no han resultado seguras en la recesión económica de la primera década del siglo XXI. Por ejemplo, en Dresde, una ciudad que conozco bien y a la que por lo general se ve como uno de los centros llamados «faros» de la prosperidad en la antigua RDA, la industria de los microchips, de la que tanto se esperaba en el pasado, parece estar en apuros. En marzo de 2009, un importante fabricante de chips alemán, Quimonda, estaba ya en proceso de insolvencia, y todo el sector había empezado una «reestructuración». Asimismo, en los centros tradicionales de la industria automovilística como Eisenach y Zwickau, que sobrevivieron y prosperaron al cambiar la producción de los Trabant y Wartburg de Alemania del Este por los Volkswagen y Opel de la Alemania global, existe una sensación de crisis que se ha extendido también a la industria local de componentes del automóvil.

En cierto sentido, la no tan perfecta naturaleza de la reunificación alemana refleja, veinte años después, el estado del mundo en general. El gélido mundo de la Guerra Fría resultó feo en múltiples aspectos, pero, salvo en los márgenes de los dos sistemas políticos, resultó, como el hielo, curiosamente estable. Sólo cuando el hielo empezó a derretirse, y con celeridad,

se transformó en líquido, fluyendo e inundando allá donde le venía en gana, empezamos a darnos cuenta de que el deshielo podía también provocar en el mundo fenómenos menos atractivos que los que habían congelado a los antiguos mamuts en los helados terrenos políticos de los difíciles acuerdos posteriores a 1945. Fenómenos tales como el islamismo y el neofascismo violentos: Al Qaeda en el mundo musulmán, y en Europa el nacionalismo extremista y los grupos racistas, desde los «patriotas» de Rusia al deplorable NPD en la propia Alemania.

Muchos europeos se enriquecieron —política, personal y económica— al final del comunismo. Otros, que habían esperado una modesta prosperidad y bienestar compatibles con la libertad, salieron perdiendo en la carrera económica: y ahora ni siquiera tienen garantizados los derechos básicos al empleo y al bienestar que tenían garantizados bajo el comunismo. Millones de personas se han replegado en un iracundo resentimiento. Si bien Europa es sin duda un lugar cada vez más pacífico por el momento, no obstante se ve amenazada por cierto número de tendencias violentas e intolerantes y, de forma más perentoria, por el extremismo islamista entre algunos sectores de emigrantes instalados en el continente. Además, el resurgimiento gradual de las ideologías de extrema derecha (y en menor medida de extrema izquierda) entre la población autóctona desencantada refleja a menudo el resentimiento que ésta siente contra esos mismos recién llegados: a veces con los nervios de punta, pero indudablemente trabajadores esforzados.

Resulta inquietante, pero parece que la subcultura de extrema derecha se ha extendido con mayor firmeza por la antigua Alemania del Este que cuando redacté por vez primera este libro. En un estudio reciente se ven indicios de que entre los varones menores de quince años —gente joven para la que incluso los años noventa, y mucho más el mundo de la Guerra Fría, son conceptos que van más allá de su memoria— aumenta la afiliación a grupos derechistas violentos, y entre los cuales uno de cada veinte confiesa semejante afiliación, y uno de cada siete expresa opiniones xenófobas «extremas». Es cierto que el nivel global del comportamiento violento entre los jóvenes ha disminuido un poco, como sucede en otras partes del mundo, y que estas actitudes intolerantes tienden a ser menos comunes cuanto mayor es el nivel de estudios alcanzado por los jóvenes, pero las cifras son sin embargo preocupantes.¹

La principal diferencia entre la condición problemática de Alemania y la del resto del mundo posterior a la Guerra Fría es que Alemania no se

desintegró como lo hicieron la Unión Soviética, Checoslovaquia y Yugoslavia, o como pueden todavía hacerlo Bélgica y el Reino Unido. La separación entre *Jammerossis* y *Besserwessis* no procede de una profunda o duradera división histórica (de hecho, es bastante menor que la que existe entre súbditos de Su Majestad ingleses y escoceses). Los intensos y enraizados conflictos en Alemania, tanto antes como después de su unificación original en el siglo XIX, se basaban tradicionalmente no en una dicotomía este-oeste, sino norte-sur, fortalecida por las diferencias entre urbano-rural y las divisiones católico-protestante, que se remontan al siglo XVII y a la Guerra de los Treinta Años. En términos generales, la aparición en la antigua Alemania del Este de una generación adulta para la cual el muro es tan sólo algo de lo que hablan sus padres y sus abuelos supone una garantía más, tal como resaltó el desaparecido Willy Brandt después de la caída del muro, de que «ahora que tenemos un espacio conjunto, creceremos juntos». No de que la voluntad será unánime en Alemania. Esto es algo que ninguna democracia puede tener, y tampoco necesita. Sin embargo, las preocupaciones que en el futuro seguirán dividiéndolos van a reflejar unos indicadores más tradicionales, como son la clase, la religión y unas convicciones políticas elegidas libremente.

En el momento de escribir estas líneas, y a pesar de todos sus problemas, la Alemania reunificada no muestra un giro salvaje hacia la izquierda o hacia la derecha. De hecho, las encuestas más recientes indican que el FDP (Partido Democrático Liberal), defensor del libre mercado, ha obtenido un mayor incremento en el apoyo del público, a expensas de la CDU (Unión Demócrata Cristiana), partido de centro derecha, y sobre todo del SPD (Partido Socialdemócrata), partido de centro izquierda. Estos partidos tradicionalmente dominantes se han unido ahora en una incómoda «gran coalición» que en estos momentos gobierna el país y que con toda probabilidad seguirá haciéndolo, bajo la canciller Angela Merkel (que se crió en Alemania del Este), hasta las elecciones que deben celebrarse en septiembre de 2009. El apoyo al Partido de los Verdes se mantiene por debajo del 9 %.

Más significativa es la situación del movimiento político más recientemente creado, Die Linke (La Izquierda). Este partido combina los restos del antiguo SED (Partido Socialista Unificado, llamado PDS después de 1989, y luego PDS-Linkspartei) con los rebeldes radicales de la WASG (Alternativa Laboral por el Trabajo y la Justicia Social), que bajo el liderazgo del apasionado antiguo ministro de Finanzas Oskar Lafontaine

abandonó el gobierno del SPD debido al centrismo cada vez mayor de éste y, según argumentaron, a su política contra los trabajadores. Los de La Izquierda obtuvieron unos resultados notables —53 escaños en el Parlamento en 2005—, lo cual les convirtió en el cuarto partido más importante, aunque en las últimas encuestas sólo se mantienen a flote. Las razones de este suave declive, y sus consecuencias, nos lleva de nuevo a la legalidad del muro en su vigésimo aniversario.

La Izquierda experimentó un nacimiento difícil y todavía no parece muy segura de lo que representa. Para algunos, sobre todo para los antiguos miembros de la Alemania del Este, el nuevo partido sigue siendo un sucesor del aparato comunista que en el pasado gobernó allí. Los reaccionarios han formado un «partido dentro del partido» con el nombre de «Plataforma Comunista». Antiguos líderes del SED como el relativamente liberal Hans Modrow, penúltimo primer ministro de la RDA, y el mucho más polémico, nunca demasiado liberal y en la actualidad incluso menos arrepentido, Egon Krenz —último secretario general del SED— viajan organizando mítines de los adeptos para pronunciar discursos y firmar libros. Los reciben con aplausos entusiastas. Como es natural, a estos leales veteranos no les hablan de lo que hizo mal la RDA, sino de lo que, según ellos, hizo bien. A medida que las pretensiones de infalibilidad del capitalismo post-Muro empiezan a parecer menos verosímiles, se quita el polvo a los viejos volúmenes de la propaganda de Alemania del Este, los ponen al día y los digitalizan. Esto envalentona a estos —y a otros— incorregibles defensores del muro de Berlín y del Estado que lo construyó, para exponer sus demandas de una legitimidad con efecto retroactivo.

Incluso en la antigua Alemania Occidental, el muro tiene sus defensores entre la extrema izquierda. En 2008, Christel Wegner, miembro del DKP (un diminuto fleco del partido comunista que sobrevivió en la Alemania Occidental de la Guerra Fría, y que en cierto modo consiguió ser más estalinista que el SED) elegida para el Parlamento estatal de la Baja Sajonia en la lista de La Izquierda, declaró con toda franqueza en una entrevista para la televisión que si Alemania regresaba al socialismo sería necesario, sin duda, proteger este proceso de las maquinaciones de «elementos reaccionarios» mediante la introducción de una fuerza policial muy similar a la Stasi. Después de una avalancha de publicidad negativa, Christel Wegner perdió las riendas del partido en el Parlamento, pero conservó su escaño.² A diferencia de esto, en La Izquierda existe un elemento más nuevo y más joven, tipificado en la vicepresidenta del partido, Halina

Wawzyniak, de treinta y cinco años, que acepta el sistema constitucional básico en la Alemania reunificada. Este grupo ve a su partido simplemente como una alternativa tradicional de orientación trabajadora, que en ausencia de algo similar a una política socialista por parte del SPD puede ofrecer soluciones radicales, pero democráticas, a los problemas del país.³

El copresidente Oskar Lafontaine ha advertido ya a los de La Izquierda que no pueden enfrentarse a la crisis económica del moderno mundo capitalista tan sólo con un presuntuoso *Besserwisserei* (el «ya-te-lo-dije» del sabelotodo). De modo que, veinte años después de los trascendentales acontecimientos de 1989, este hijastro del SED, todavía una inquietante extensión del partido de Walter Ulbricht y Erich Honecker, de la Stasi y del muro de Berlín, se enfrenta a una nueva encrucijada en su zigzagueante camino político. ¿Debe regresar a la rigidez y la represión o unirse a la búsqueda de alternativas genuinamente nuevas, en una época para Alemania y para el resto del mundo en que tales alternativas se necesitan con mayor urgencia de lo que las necesitaron las generaciones pasadas? En otras palabras, la elección, en este año de aniversario, es muy clara: regodearse en la *Ostalgie*, o finalmente dar un paso adelante y liquidar el fantasma del muro.

FREDERICK TAYLOR

Abril de 2009



ARENA



CIUDAD PANTANOSA

En el verano de 1961, dieciséis años después de que finalizara la Segunda Guerra Mundial, el mundo se enfrentó por vez primera a la amenaza real de la aniquilación nuclear.

La causa de fondo era el desarrollo, durante los años cincuenta, de armas nucleares de destrucción masiva tanto en el Este como en Occidente. La razón apremiante fue la construcción de un muro, un muro que dividía una ciudad levantada sobre arena.

Berlín, donde ocurrió este hecho aciago, siempre había sido una metrópoli inverosímil. Primero fue un asentamiento para la pesca y el comercio, que sobrevivió en un terreno arenoso y cenagoso, luego se convirtió en capital de una de las monarquías más pobres de Europa: Prusia, una nación cuya debilidad se fue transformando poco a poco en su fuerza, y cuyo comercio habitual relacionado con la violencia militar —obligados por la escasez de recursos naturales— la hizo poderosa y convirtió Berlín en uno de los mayores centros urbanos del mundo.

Por tanto, ¿cómo y cuándo empezó a surgir Berlín?

En el siglo xx, Berlín fue una ciudad dividida. Pero en sus comienzos también estaba formada por dos ciudades; mejor dicho, por dos grandes aldeas. Una se llamaba Berlín, la otra Cölln, y se alzaban sobre unos bancos arenosos situados frente a frente en una estrecha punta al norte del curso del río Spree. Cölln, la de la riba occidental debía su nombre a Colonia (Köln en alemán), la antigua ciudad cristiana del oeste de Alemania, fundada por los romanos. En la riba oriental, no es muy probable que el asentamiento de Berlín debiera su nombre al noble oso (*Bär* en alemán) —tal como los nativos sentimentales se empeñan todavía en asegurar—,

sino a algo más prosaico: *brl*, término eslavo occidental que significa «ciénaga». Ciudad pantanosa.

Dos abolengos hallaron su expresión en estos dos nombres. Uno acompañó a los colonos germánicos procedentes del oeste, que se asentaron en las tierras eslavas entre el Elba y el Oder a medida que las iban conquistando. El otro sería la expresión del espíritu inmarchitable de unas gentes no germánicas que se quedaron allí hasta hoy en día. Ese pueblo fue germanizado de manera progresiva, pero —por algún misterio que frustra a los últimos teóricos de la pureza racial— siguió sin ser puramente «ario», en el sentido nazi. Éste sería el Berlín «mestizo», reforzado por las inmigraciones en masa de las regiones meridionales y orientales de Europa en el siglo XIX y comienzos del XX, cuando la capital de la Alemania unida se transformó en una de las grandes ciudades más prósperas del continente.

Al principio, la expansión del doble asentamiento fue gradual. No había tierra fértil en el interior, pero la localización de Berlín-Cölln era lo bastante cómoda para crecer de manera continuada gracias al comercio fluvial del Báltico con las aisladas tierras de la Europa central. A lo largo de las arterias fluviales, que cubrían la llanura del norte de Alemania, enviaban a esa región el centeno y la madera de roble de la zona central, y allí lo cambiaban por arenques y bacalao seco procedente de Hamburgo. Más adelante, Turingia proporcionaría hierro y Flandes telas finas. Y hasta allí se abrirían paso incluso aceites y otros productos exóticos del Mediterráneo, como higos o jengibre. Luego construyeron muros, una presa de molino no tardó en frenar el curso del Spree, y en 1307 las dos ciudades se fusionaron.

Berlín-Cölln debía lealtad a un magnate local, pero el jefe supremo era el margrave de Brandemburgo, al que estaban obligados a pagar los impuestos anuales. A pesar de que el margrave estaba representado por un gobernador, dejaba que la ciudad se las arreglara por su cuenta.

Los magistrados y los gremios de la ciudad, dominados por las familias patricias, eran los encargados de regular la economía ordinaria y la vida social. Los castigos eran brutales. Los delitos que implicaban la muerte o torturas letales para el culpable abarcaban no sólo el asesinato o la traición, sino también intentos de envenenamiento, prácticas de magia negra o brujería, incendios premeditados y el adulterio. Entre 1391 y 1448, y en una ciudad con una población constante de 8.000 habitantes, ahorcaron a 46 supuestos delincuentes, otros 20 fueron quemados en la hoguera, 22 decapitados, 11 descuartizados en la rueda de la tortura, 17 enterrados vivos

(un castigo destinado sobre todo a las mujeres) y 13 torturados hasta morir.¹ Para transgresiones de menor consideración se practicaban mutilaciones innumerables, como cercenar las manos, rebanar las orejas o arrancar la lengua.

Sin embargo, incluso bajo unas condiciones tan duras, la vida de la ciudad ofrecía cierta seguridad, e incluso algo de libertad. *Stadt Luft macht frei*, como decía el antiguo proverbio alemán: «El aire de la ciudad hace libre al hombre».

Por supuesto, las guerras, las epidemias y los incendios atormentaban a sus habitantes, tal como atormentaban a otros europeos en el desdichado siglo XIV. La dinastía Ascania, que había gobernado Brandemburgo durante siglos, al final se extinguió. Las enfermedades, la guerra y la hambruna se apoderaron del país. El Sacro Imperio Romano Germánico decidió nombrar a un nuevo gobernador para esta descuidada región, vástago de una familia de Nuremberg que había prosperado como heredera feudal de esta poderosa ciudad libre imperial. Esa familia eran los Hohenzollern, y sus miembros iban a gobernar allí, entre triunfos y calamidades, durante quinientos años. En 1415, Federico VI de Nuremberg se convirtió de manera oficial en Federico I de Brandemburgo, y eso a los ciudadanos de Berlín les encantó. A la élite aristocrática le satisfizo que ese hombre, ocupado en una provincia lejana, les permitiese gobernar tal como habían hecho durante siglos. Berlín mantendría así sus privilegios, y ellos también.

En 1440 falleció el primer dirigente de la familia Hohenzollern, y su heredero, Federico II, conocido no muy prometedoramente como Diente de Hierro, fue el azote de la ciudad. Puso a los ciudadanos en contra de la aristocracia y luego aplastó la insurrección que siguió. En adelante, el gobierno de la ciudad lo ostentarían aquellos a quienes elegía el propio Federico II. El gobernador tendría potestad sobre las propiedades de los berlineses y les impondría impuestos a su capricho.

En 1486, la ciudad se convirtió en la residencia oficial de los margraves de Brandemburgo. A partir de entonces, y hasta la segunda década del siglo XX, los monarcas gobernarían en persona desde allí y de manera casi absolutista.

En la década de 1530, el monarca de Brandemburgo Joaquín II —que ostentaba el título de elector, dado que era uno de los príncipes que elegían

al emperador del Sacro Imperio Romano— se convirtió al protestantismo. En febrero de 1539 asistió al primer servicio luterano que se celebró en Berlín, y sus súbditos le siguieron —en su totalidad, de forma voluntaria— en el rumbo que marcaba esta nueva religión.

Los estados del Sacro Imperio Romano acordaron una política de tolerancia mutua. Basándose en el dicho latino *cuius regio, eius religio* (según la región, su religión), a cada príncipe germánico le correspondía decidir si en una determinada zona la religión oficial sería el luteranismo o el catolicismo. Esa tregua religiosa y la prosperidad de Alemania perdurarían hasta los primeros años del siglo XVII.

Por ese entonces, Matías, el anciano emperador del Sacro Imperio Romano, nombró como heredero a su sobrino el gran duque Fernando. Éste, un católico radical investido rey de Hungría y —en 1618— de Bohemia, inició la persecución de los protestantes que estaban bajo su dominio. Una señal agorera de lo que ocurriría cuando obtuviese el poder supremo del Sacro Imperio Romano Germánico.

Tal como aconteció, 1618 fue también un año clave para los Hohenzollern de Brandemburgo. El duque de Prusia, descendiente de los caballeros teutones y vasallo del rey de Polonia, gobernaba un territorio extenso que bordeaba el Báltico. Al haber tenido sólo hijas, legó el ducado a su yerno el elector de Brandemburgo, que lo heredaría después de la muerte del duque aquel mismo año. A partir de entonces, la familia se vería relacionada para siempre al término «prusiano». Esto transformaría la denominación de una tribu eslava (los prusi, habitantes nativos del país, eran eslavos) en una idea, en una forma de vida, en una visión del mundo. Para bien y para mal.

Mientras tanto, a comienzos del siglo XVII, el polvorín religioso y dinástico de Europa estaba a punto de estallar.

Bohemia se hallaba dividida entre protestantes y católicos, y las maniobras de Fernando II contra los protestantes provocaron un levantamiento de la nobleza local, que destronó a Fernando y eligió como rey a un príncipe protestante. Éste y su esposa, hija del rey Jacobo I de Inglaterra, serían coronados en Praga.

En 1620, en la batalla de la Montaña Blanca, las fuerzas imperiales derrotaron a los protestantes bohemios, arrasando a la flor y nata de la aristocracia autóctona. El emperador Fernando decidió continuar la guerra en Alemania y recuperó violentamente los estados protestantes del norte para la Santa Madre Iglesia.

La terrible espiral que siguió a esto se conoce como la Guerra de los Treinta Años, el conflicto más horroroso desde la Edad Media, si se compara con la población del continente europeo en esa época, y que provocó más víctimas que la Primera Guerra Mundial. Las batallas sangrientas y los asedios dejaron cicatrices en todo el territorio. Una soldadesca de mercenarios rapaces y a menudo medio muertos de hambre recorrió Alemania un año sí y otro también, violando, matando y desvalijando, destruyendo cosechas y arruinando ciudades que habían sido el orgullo de Europa. La peste bubónica y el tifus pasaron una guadaña letal que cercenaría una población debilitada por la desnutrición. En 1648, las potencias agotadas llegaron a un tratado de paz, pero Alemania y Europa central habían cambiado para siempre.

Al principio, Berlín no salió perjudicada en exceso, pero después del saqueo de la capital por las tropas imperiales en 1627, cayó sobre ella una larga noche de horror. Unos años después, el rey sueco Gustavo Adolfo «rescataría» la ciudad, pero el saqueo de sus soldados resultó en todos los aspectos tan horrible como el de los saqueadores del emperador.

De forma rutinaria, la población civil de Berlín fue sometida a la tortura —mediante quemaduras, mutilaciones e inmersión en agua hirviendo— para que confesara el paradero de «tesoros» o almacenes de provisiones. Uno de los métodos favoritos de los hombres de Gustavo Adolfo consistía en verter aguas residuales sin purificar por la garganta de las víctimas; muchos años después, a ese tipo de residuos aún se les conocería como «el brebaje sueco». En 1631 y 1632 la hambruna se extendió de tal manera por Berlín, que sus habitantes asaltaban los mataderos en busca de comida. Hasta llegaron a asaltar el cadalso después de las ejecuciones. Un informe describe que en un pozo hallaron huesos humanos a los que les habían chupado el tuétano.

Las exigencias de pillaje de los ejércitos vagabundos y la determinación de los combatientes a desposeer a los conquistados de toda moneda de oro o mazorca de maíz dejó Brandemburgo —al igual que al resto de Alemania— empobrecida, embrutecida y asolada por el hambre. Al final de la guerra sólo quedaban 845 viviendas en todo Berlín. Cölln, en la orilla occidental del Spree, había sido incendiada en 1641 y destruida por completo. La población de Brandemburgo se vio reducida a 600.000 personas.

Sólo con la paz empezó a cambiar la suerte de Berlín y de Brandemburgo-Prusia. Federico Guillermo, llamado el Gran Elector, que había asumi-

do el poder en 1640, resultó ser el primero de una serie de gobernantes enérgicos y con talento que transformarían un territorio yermo y devastado en una potencia europea de cierta importancia.

La Guerra de los Treinta Años no había tenido un auténtico ganador, ninguno fue lo bastante fuerte para imponer su versión de la «moralidad victoriosa». La Paz de Westfalia, que puso fin a la guerra, determinó que no habría casos de culpabilidad o responsabilidad bélica, ni castigo por las atrocidades. La frase latina utilizada fue: *Perpetua oblivio et amnestia* (olvido eterno y amnistía; en pocas palabras, «perdona y olvida»). Europa había pagado un precio terrible por la intolerancia.

Con la paz, el joven Federico Guillermo adquirió nuevas tierras: Pomerania Oriental, que llenaba el hueco entre Prusia y Brandemburgo, los antiguos obispados de Magdeburgo y de Halberstadt, más algunos territorios al oeste de Alemania.

Anuló todos los derechos y libertades tradicionales que el pueblo seguía disfrutando aún, y sus súbditos, cansados de tanta guerra, no se opusieron. Brandemburgo-Prusia adoptó la forma de un despotismo eficiente, moderado y (para la mayoría del pueblo) benévolo, que se convertiría en su sello característico.

El Gran Elector, como se conoció a Federico Guillermo, también fundó una institución que tendría enorme importancia: el ejército prusiano. Cuando ascendió al trono, su ejército era un pequeño conjunto de mercenarios poco efectivos, así que decidió crear una fuerza de combate permanente, profesional, que proporcionara a Brandemburgo —desdénosamente conocida en el resto de Alemania como «el cajón de arena»— algo de respeto entre sus pares. En 1648, el Gran Elector estaba al mando de un ejército profesional formado por 8.000 hombres, suficiente para convertirle en un aliado útil y asegurarle una parte en los botines de la paz.

A pesar de su autoritarismo, el nuevo electorado surgido después del año 1648 puso el acento en la tolerancia religiosa. Había razones prácticas para hacerlo. La Guerra de los Treinta Años había provocado una merma catastrófica en la población. El paisaje estaba salpicado de granjas y mansiones abandonadas y en ruinas. Brandemburgo-Prusia necesitaba gente, poco importaba cuál fuera su nacionalidad o su creencia.

Hacia el final del reinado de Federico Guillermo, el rey católico de Francia, Luis XIV, en un ataque de devoción empezó a perseguir la considerable minoría protestante de su país. En 1685, Luis prohibió el pro-

testantismo y empezó la destrucción de sus templos. Los franceses protestantes, conocidos como hugonotes, eran hábiles artesanos y comerciantes, diligentes y trabajadores, justo lo que Brandemburgo-Prusia necesitaba. Federico Guillermo publicó el Edicto de Potsdam, donde invitaba sin ambages a los refugiados hugonotes a que se trasladaran a Brandemburgo.

Más de 20.000 hugonotes se instalarían allí. En 1687, cuando murió el Gran Elector, representaban un 20% de la población de Berlín, que se había convertido en una ciudad de inmigrantes y seguiría siéndolo hasta hoy en día, en pleno siglo XXI.

El sucesor de Federico Guillermo reaccionó contra el rigor presupuestario de su padre, y el gobierno se volvió más liberal. Por todo Berlín reinaba un ambiente de permisividad que no se repetiría hasta 1920. El único logro político del nuevo elector se consiguió en 1701, cuando el Sacro Imperio Romano le premió con la corona real de Prusia. Por consiguiente, se convirtió en «rey en Prusia» (el término «de» sólo empezaría a utilizarse más adelante en ese siglo).

Los hábitos derrochadores de palacio pusieron en circulación mucho dinero por Berlín. La población de la ciudad, que era de 4.000 habitantes al concluir la Guerra de los Treinta Años, pasó a 55.000 en 1713. Por desgracia, en ese intervalo Prusia acabaría en la bancarrota.

El nuevo heredero de la corona, que subió al trono como Federico Guillermo I, era tosco y de miras estrechas. Sin el menor interés por las artes, las ciencias (salvo en su vertiente militar) y los habituales placeres de la corte, transformó sin embargo en muchos aspectos el país para mejorarlo, reformando la enseñanza y la maquinaria estatal, y haciendo todavía más imponente su ejército.

Un monarca impresionante, incluso notable. Pero lo más curioso de todo fue que, a pesar de incrementar un 80% el presupuesto del ejército y pasar a la historia como el Rey Sargento, Federico Guillermo I fue en la práctica un hombre de paz. La población de Brandemburgo-Prusia aumentó hasta alcanzar los 2 millones de personas, y se dieron grandes pasos en el desarrollo económico.

No obstante, la conducta personal del rey era obsesiva, neurótica, incluso sádica. Sus oficiales recorrían Europa en busca de hombres que midieran más de metro ochenta y los reclutaban para ingresar en el ejército. Cuando el rey estaba enfermo o deprimido, hacía que aquellos «tipos altos» (*lange Kerle*) desfilaran para su propio placer, a veces incluso en su dormitorio. Dado que contemplaba el ejército como un modelo social, y

anhelaba una sociedad perfectamente ordenada, les imponía una disciplina brutal.

En 1730, Federico Guillermo mandó construir también la muralla más extensa que Berlín haya visto hasta ahora. Su objetivo no era sólo defender Berlín contra los enemigos, sino también ejercer de «barrera tributaria», posibilitando al rey gravar con impuestos a viajeros, cargamentos comerciales o cualquier tipo de bienes de consumo que entraran o salieran de la ciudad. La muralla pretendía también evitar las frecuentes deserciones que se producían en el ejército real. Había un guardia apostado cada doscientos metros, y si algún desdichado soldado intentaba escapar, un disparo de cañón alertaba a los guardias de los alrededores. Los desertores que eran capturados debían enfrentarse a una brutal carrera de baquetas, mientras que un segundo intento significaba la muerte.² En Potsdam se construyó una muralla similar con el fin de mantener la tropa allí dentro también.

Federico Guillermo engendró diez hijos. Continuando la imparable tradición de la familia Hohenzollern, su hijo mayor, Federico, fue la antítesis total de su padre: un muchacho de constitución delgada, sensible, interesado por las artes y la filosofía. Decidido a fortalecer a su heredero y asegurar su idoneidad para el trono, Federico Guillermo le despertaba cada mañana con el disparo de un cañón. A la edad de seis años, entregaron al joven Fritz su propia unidad de cadetes infantiles para que se entrenase, y al cabo de poco le concedieron su arsenal de armamento real. En una ocasión castigaron al muchacho con una azotaina por dejar que un caballo desbocado lo tirase al suelo, y en otra por demostrar debilidad al ponerse guantes a fin de protegerse contra el frío.

A los dieciocho años, el príncipe heredero intentó huir del reino con Hans Hermann von Katte, un amigo aristócrata mayor que él. Los detuvieron. A Fritz lo mantuvieron bajo arresto en una fortaleza y le obligaron a contemplar desde una ventana como a su amigo lo decapitaban en el patio de abajo. Un par de años después, el príncipe heredero contraería matrimonio con una princesa afable y piadosa, Isabel Cristina de Brunswick. El matrimonio no tuvo hijos, y después de que él subiera al trono, hicieron vidas separadas. Fritz no tuvo amantes, y desde entonces su posible homosexualidad ha sido tema de habladurías históricas.

Cuando el Rey Sargento falleció, muchos de sus súbditos dejaron escapar un suspiro de alivio. Sin embargo, en una de las grandes paradojas de la historia europea, mientras el Rey Sargento trajo la paz, su hijo, el Rey Filósofo desencadenaría guerras y sufrimiento.

Federico subió al trono en mayo de 1740. En octubre, el emperador del Sacro Imperio, Carlos VI, falleció sin dejar ningún heredero varón. Dado que el trono imperial se había convertido de hecho en propiedad de la familia de los Habsburgo austríacos, a pesar de que técnicamente estuviera sujeto a una elección, esto significaba un amenazante vacío de poder. Carlos había cambiado la ley para que pudiera sucederle su hija María Teresa, y gran parte de la realeza europea lo había aceptado. Pero Prusia era uno de los estados que la rechazaron.

En un acto de oportunismo sin escrúpulos, el Rey Filósofo condujo el poderoso ejército creado por su aborrecido padre hasta Silesia, la provincia vecina de los Habsburgo. Esta rica región, que antes había formado parte de Polonia, supondría, si Federico conseguía apoderarse de ella, un incremento notable de riqueza para Brandemburgo-Prusia, suministrándole los recursos agrícolas, industriales y mineros que el país necesitaba con urgencia. Federico justificó esta ocupación en los términos de un ambiguo tratado del siglo XVI que sus abogados desempolvaron del armario diplomático.

Gracias a la excelencia del ejército, el joven rey prusiano ganó la llamada Guerra de Sucesión austriaca y se apoderó de las riquezas de Silesia; sin embargo, eso no fue el final de la historia. La inteligentísima y astuta María Teresa firmó la paz que tenía que firmar, pero se retiró para planificar su venganza. Empezó por tejer una nueva red de alianzas, combinando el poder de Austria, Francia y Rusia contra la arribista Prusia.

En la década de paz que siguió, Federico dirigió un erudito salón en su palacio de recreo, construido con piedra y cristal, llamado Sans Souci (Sin Preocupaciones) y situado a las afueras de Berlín, en la residencia real de Potsdam. Introdujo muchas reformas, algunas genuinamente humanistas. Abolió la tortura a los civiles y la pena de muerte, salvo para el asesinato. Amplió la tolerancia religiosa, permitiendo que los católicos construyeran la catedral de Berlín. Al igual que su padre, estaba obsesionado por controlarlo todo, y se debe a su empeño que la patata se convirtiera en el alimento básico de Prusia.

En 1756, de nuevo ante la amenaza de una guerra, Federico, con su astucia característica, decidió anticiparse, invadiendo el rico —pero militarmente débil— estado de Sajonia. Esta ocupación duró varios años, en los que explotó riquezas y mano de obra para reforzar su poder guerrero. «Sajonia es como un saco de harina —se burló con cinismo—. Cada vez que la sacudes, le sacas algo.» Como resultado de la invasión y ocupación

por parte de Prusia murieron casi 100.000 de los 2 millones de sajones (el 5% de la población), y habría que incluir más o menos la misma proporción de los habitantes de Dresde, la hermosa capital del estado sajón. En 1760, un tercio de sus zonas construidas quedaron arrasadas por el fuego de la artillería prusiana y las bombas de petróleo. No obstante, a pesar de haber eliminado a más alemanes y destruido más territorio de Alemania que cualquier otro comandante —exceptuando a sir Arthur Harris, de la RAF, doscientos años después—, a Federico II el Grande se le sigue considerando un héroe nacional.

Aun así, en 1760 sufrió varias derrotas aplastantes. Berlín fue ocupado por los rusos y los austriacos, y la rendición parecía inevitable. Pero entonces murió la emperatriz de Rusia, Isabel, y le sucedió su hijo el zar Pedro III, un fanático admirador del militarismo prusiano. Este inesperado *deus ex machina* restauró la fortuna de Federico. El joven le concedió la paz en unas condiciones muy favorables, dando por concluida la Guerra de los Siete Años.

Además, el principal aliado de Prusia, Gran Bretaña, había expulsado a los franceses de América del Norte (conflicto que allí se conoce como la Guerra Anglo-francesa), además de afirmarse también como potencia dominante en la India. Gran Bretaña se había convertido en la primera superpotencia mundial, y el heroico amigo del país, el rey Federico, en una figura de gran popularidad en Gran Bretaña. Hasta la Primera Guerra Mundial, cuando el nombre de Prusia se vio empañado, había posadas que llevaban su nombre en Inglaterra, y hasta muy entrado el siglo XIX, la alianza anglo-prusiana se dio por sentada en ambos países.

El golpe de gracia del reinado de Federico fue la partición de Polonia, un reino con casi mil años a sus espaldas. Paralizado por desavenencias internas, este poderoso reino del este de Europa se había convertido en una presa tentadora para sus vecinos. En 1772, Federico acordó con Austria y Rusia dividirse el territorio de Polonia. En poco menos de dos décadas, el país sería borrado del mapa y no volvería a emerger como una nación propiamente independiente hasta 1918. Prusia, en cambio, obtuvo un sólido paquete de territorios contiguos, así como un gran incremento de población.

En 1786, Federico moriría en Sans Souci. Solo, con la excepción de sus perros, y según cuentan, aislado y cansado de vivir en su vejez. Berlín se había recuperado con notable celeridad de las guerras desastrosas. Su población era de 150.000 habitantes. En la industria y el comercio traba-

jaban 30.000 personas, mientras los funcionarios del Estado ascendían a 3.500. En la ciudad, la tropa era de 25.000 hombres, y un 20% de los berlineses estaban relacionados con el ejército.³ El futuro del sistema de gobierno de Federico parecía asegurado durante décadas, e incluso para los siglos futuros.

Tres años después estallaría la Revolución Francesa y lo cambiaría todo. El primer brote de rebelión de la democracia popular en el continente se extendió como un virus y amenazó con destruir todo el sistema de privilegios heredados sobre el que Federico —al igual que los demás monarcas europeos— había basado su pensamiento. Cuando esta revolución empezó a deteriorarse, un nuevo déspota, encarnado en la figura del emperador Napoleón Bonaparte, se hizo con el poder.

Con sólo dos décadas de dominio, aquel corso advenedizo creó una nueva Europa que sigue siendo reconocible incluso doscientos años después, y se convirtió en el general más grande y el conquistador de mayor éxito que el mundo posmedieval había contemplado.

Napoleón fue el justo castigo de la vieja Prusia. Y, al menos durante un corto periodo, también lo fue de Berlín.

El 27 de octubre de 1806, Napoleón entró en Berlín. Dos semanas antes, el emperador había infligido por partida doble un fuerte golpe a las fuerzas prusianas. El francés primero se impuso en Jena, cerca de Weimar, al suroeste Berlín, y luego de nuevo en Auerstedt, a unas pocas horas a caballo hacia el norte. La victoria conseguida contra un ejército prusiano que le sobrepasaba en unos 100.000 hombres fue total. En Auerstedt, las fuerzas del rey Federico Guillermo III doblaban en número al enemigo, y aun así se batieron en retirada y huyeron del extraordinariamente disciplinado francés.

Napoleón hizo desfilar su victorioso ejército por la ancha avenida Unter den Linden, en el corazón de la ciudad, después de cruzar la espléndida Puerta de Brandemburgo.

Esa puerta era la abertura más nueva y majestuosa en la muralla defensiva y aduanera que aún circundaba el centro de Berlín, y que en aquel entonces medía 17 kilómetros de longitud por 4,2 metros de altura. La puerta, diseñada por el famoso arquitecto Carl Gotthard Langhans, se había concluido tan sólo unos años antes. En lo alto de las columnas neoclásicas, el escultor Johann Gottfried Schadow había colocado una

enorme cuadriga de piedra, o carro tirado por cuatro caballos, símbolo de la victoria en los antiguos Juegos Olímpicos. En ese caso, la diosa Victoria, que conducía el carro, llevaba la rama de olivo que simbolizaba la paz: un toque amable y tal vez demasiado optimista.

En un principio, los berlineses que anhelaban mayor libertad, sobre todo las clases medias sin derecho a voto, pusieron sus esperanzas en Napoleón. El emperador les prometió reformar las leyes, e incluso una Constitución. Acto seguido se celebraron elecciones para nombrar un consejo municipal en Berlín.

Sin embargo, pronto quedó claro cuáles eran las verdaderas intenciones del dictador francés. Éste planeaba utilizar Berlín y Prusia como núcleo proveedor de dinero y de mano de obra, y convertirlo en otro régimen títere de la Europa gobernada por los franceses. Prusia, empobrecida ya y desposeída de grandes zonas de territorio, con el ejército reducido a 40.000 hombres (de los cuales 16.000 iban a estar a disposición de Napoleón para nuevas aventuras militares), se vio obligada a pagar cientos de millones de francos en calidad de costos de reparación y de ocupación. Los franceses estaban dispuestos a desposeer a la capital prusiana de sus tesoros, incluida la cuadriga de la Puerta de Brandemburgo, que se llevaron a París. Y esto sólo por lo que respecta al botín oficial. Con 25.000 soldados de ocupación franceses acuartelados en el perímetro de la ciudad, Berlín llegó al punto más bajo de decadencia de los últimos ciento cincuenta años.

El propio Napoleón pareció asombrarse de la celeridad con que Prusia se había dejado vencer. Justo antes de entrar en Berlín, efectuó una visita a la tumba de Federico el Grande, enterrado en la cripta de la iglesia de la guarnición militar en Potsdam. Allí les dijo a sus oficiales: «¡Descúbranse, caballeros! Si él aún siguiera con vida, nosotros no estaríamos aquí».⁴

Los prusianos se vieron obligados a mirar con ojos críticos el sistema en el cual habían vivido. Y lo mismo tuvo que hacer la élite dirigente.

Algunas de las reformas que siguieron estaban destinadas a conseguir que Prusia funcionara mejor. Otras iban encaminadas a restablecer su poderío militar. Estas últimas se lograron en general, y en ellas habría que enmarcar la creación más sagaz del general Scharnhorst: la Landwehr (milicia de reserva), que consistía en entrenar ciudadanos a tiempo parcial y en turnos rotativos para burlar las limitaciones en número impuestas por Napoleón. Los integrantes del ejército nunca podían exceder tales restricciones; sin embargo, de una manera u otra, en 1813 el ejército a las órdenes del rey alcanzaba ya los 280.000 hombres.

Un entusiasta espíritu de rebelión hervía por debajo de la superficie en apariencia tranquila del Berlín ocupado. Las fuerzas antifrancesas, tanto dentro de Prusia como en toda Alemania, se limitaban a aguardar a que se presentara su oportunidad.

En junio de 1812, después de agrupar un ejército de un millón de hombres reclutados por toda Europa, incluida Prusia, Napoleón invadió Rusia. El emperador ganó todas las batallas importantes, pero el resultado de la campaña fue catastrófico. Durante el crudo invierno de 1812-1813, la Grande Armée de Napoleón abandonó Moscú en llamas y se retiró rodeada de nieve y hielo hacia la seguridad de Europa, hostilizada por los cosacos, mortificada por el frío, el hambre y las enfermedades. Sólo 18.000 soldados cruzaron el río Niemen para entrar de regreso en Polonia.

El rey de Prusia, Federico III, que sumiso había proporcionado a Napoleón 20.000 hombres para su desastrosa marcha sobre Moscú, al final cambió de bando. La totalidad del ejército prusiano se revolvió contra Napoleón, y los hombres que se habían entrenado en secreto se concentraron bajo sus estandartes. Para ellos, el arquitecto Schinkel diseñaría una medalla al valor con la que recompensar a cualquier héroe, con independencia de cuál fuera su rango. A esa condecoración se le dio el nombre de la Cruz de Hierro.

Prusia, Alemania y el resto de Europa se levantaron contra la dominación francesa en una oleada de nacionalismo idealista y romántico, conocida como la Guerra de la Independencia. Napoleón fue derrotado y tuvo que exiliarse. Tanto en Berlín como en otras ciudades, muchos confiaban en que ahora surgiría una Alemania nueva y mejor.

¿Un mundo más nuevo y más osado para Berlín, Prusia y Alemania? En absoluto. Los años que siguieron supusieron un esfuerzo común para poner de nuevo el tapón a la botella reformista. Los monarcas absolutistas victoriosos pensaron que podían hacer retroceder los relojes al siglo XVIII. Y durante cuarenta años casi lo consiguieron. Tanto en Prusia como en cualquier otro lugar, se suprimió toda referencia a la liberación nacional y a las libertades cívicas.

Pero fue una tarea inútil. Prusia ya no era un desolado «cajón de arena», aislada en el lejano este de las tierras alemanas. Había obtenido grandes territorios en el oeste de Alemania, entre los cuales estaban Renania y Westfalia. La mayoría eran distritos católicos, con una agricultura fértil y —lo más importante para el futuro del Estado— ricos en carbón y en yacimientos minerales.

Estas nuevas ciudades prusianas del oeste no tardaron en convertirse en centros neurálgicos industriales, y en la década de 1830 se construyeron los ferrocarriles. La última restauración de la muralla de Berlín se llevaría a cabo en 1840. Pero en un lapso de veinte años toda la estructura, con sus 17 kilómetros de longitud, se vendría abajo, y Berlín podría al fin extenderse más allá de sus límites. De esa manera, durante algo más de un siglo la ciudad se vería libre de muros internos.⁵

La industria se expandió rápidamente por la capital, pero hacia finales de la década de 1840 hubo un importante receso económico. En 1848, en Francia volvió a estallar la revolución, y el movimiento se extendió por Alemania, Austria, Hungría e Italia. En Prusia salieron una vez más a la superficie las pasiones que yacían dormidas desde la derrota de Napoleón: el deseo de una Alemania unida, la representación política y la libertad intelectual.

En Berlín, un levantamiento en el que intervinieron las clases medias y el proletariado industrial en rápido crecimiento concluyó con enfrentamientos sangrientos entre éstos y la guarnición militar de la ciudad. Sin embargo, el rey Federico Guillermo, un reaccionario bienintencionado, accedió a celebrar elecciones y al nombramiento de un gobierno liberal.

Los liberales crearon una «guardia ciudadana» que tenía una semejanza algo más que superficial con la antigua milicia de la Guerra de la Independencia. En vez de la bandera negra y blanca del antiguo régimen, adoptaron la negra, roja y dorada de los radicales prerrevolucionarios (inspirada a su vez en el uniforme de una famosa unidad prusiana de la Guerra de la Independencia), y se comprometieron a crear una nueva Prusia como parte de una Alemania unificada, en cuyo núcleo estaría un Berlín libre y democrático.

Los optimistas estaban destinados a sufrir una nueva decepción. La guardia ciudadana se utilizó contra los trabajadores que exigían una revolución tanto política como social. Durante siglos, la ciudad había intercambiado más o menos de buen grado libertades cívicas por seguridad, pero había indicios de que los berlineses estaban ya cansados de experimentos democráticos.

Los reaccionarios, que se habían retirado enfurruñados en sus haciendas y planeaban la venganza, vieron que había llegado su momento. En noviembre de 1848, el rey ordenó de nuevo al ejército que regresase a Berlín y disolvió la asamblea elegida. Enfrentados al general realista barón Von Wrangel y a sus tropas, el comandante de la milicia liberal que defendía el edificio

del Parlamento declaró que «sólo reaccionaría ante la fuerza». El barón, con brutal simplicidad, le contestó: «Bien, la fuerza ya está aquí».

A partir de ese momento, por desgracia, la fuerza «estaría siempre presente» en Berlín, tanto de la derecha como de la izquierda.

Prusia mantuvo una especie de Parlamento, fuertemente amañado a favor de la aristocracia y de las clases más acaudaladas, y sin control sobre los nombramientos ministeriales. La recién descubierta pasión de Federico Guillermo IV por una Alemania unida se desvaneció ante la oposición de los Habsburgo. Durante otros veinte años, seguiría siendo el emperador de Austria quien dictaría lo que ocurría en Alemania, aunque el auténtico equilibrio de fuerzas políticas y económicas se inclinaba desde hacía tiempo en favor de Prusia.

Haría falta otro reaccionario, el más listo de la historia de Alemania, para transformar este hecho en una potencia política real. En 1861, Otto von Bismarck se convertiría en primer ministro de Prusia.

Los alemanes no tardaron en conseguir una nación unificada, pero en términos muy distintos de los que habían imaginado los revolucionarios berlineses en 1848, y sin duda muy distintos de lo que les hubiese gustado.

En enero de 1861 fallecía Federico Guillermo IV, y su hermano, el, a partir de entonces, rey Guillermo I, se enfrentaba a un estancamiento constitucional. A pesar de que se adulteraban las elecciones en favor de las clases adineradas, desde 1848 los liberales, o progresistas, constituían una mayoría parlamentaria y exigían poderes que la administración prusiana no quería otorgarles. Con el fin de forzar la situación, bloquearon los presupuestos anuales, que incluían los fondos para la reorganización del ejército.

En vez de nombrar un primer ministro liberal, la solución de Guillermo I consistió en entregar el puesto a Otto von Bismarck, un rudo terrateniente de Pomerania y entusiasta defensor del derecho divino de los reyes, que entonces tenía cuarenta y seis años de edad.

Como ex embajador en Rusia y Francia, Bismarck sabía cómo jugar las cartas en política. Encontró maneras ingeniosas de llevar a cabo los temas administrativos. Durante dieciocho meses se mantuvo en la oficina, generalmente odiado, aunque tenía el apoyo del rey.

La gran oportunidad de Bismarck se presentó al fallecer el rey de Dinamarca. Estalló una gran disputa internacional sobre el estatus de los duca-

dos de Schleswig y Holstein, limítrofes con Dinamarca y anexionados a la corona danesa, pero que técnicamente seguían formando parte de la Confederación de Alemania del Norte. El nuevo rey danés anunció su intención de incorporar a su reino el territorio norte de Schleswig, los alemanes protestaron y la situación se volvió muy complicada. Lord Palmerston, en calidad de ministro británico de Asuntos Exteriores, comentó en broma que en Europa sólo había tres hombres capaces de entender las complejidades de la cuestión Schleswig-Holstein: el príncipe Alberto, consorte de la reina Victoria, ya fallecido; un profesor alemán, que había perdido la razón; y el propio Palmerston, que las había olvidado.

En 1864, Prusia, actuando en nombre de todos los estados alemanes, ocupó las dos provincias en coalición con Austria. Esta alianza duraría menos de dos años, hasta que discreparon sobre el destino último de las provincias. El resultado fue que en 1866 estalló una guerra en la que la mayoría de los demás estados alemanes dieron su apoyo a Austria. Los ejércitos prusianos ganaron con facilidad, aplastando a los austriacos y a sus aliados en siete semanas.

Nada más obtener la victoria, Bismarck convocó elecciones, desencadenando una oleada de entusiasmo patriótico. Los progresistas sufrieron una derrota incontestable. Un primer ministro conservador tenía ahora a su disposición un Parlamento conservador.

La unificación formal de Alemania se produjo 1870, después de la última de las guerras victoriosas de Bismarck, en este caso contra Francia. Guillermo I de Prusia se convirtió en el emperador Guillermo I de Alemania, y Bismarck en su canciller imperial.

En 1862, Bismarck había declarado con tono grave ante el Parlamento: «Las grandes cuestiones del momento no se solucionarán con discursos ni con decisiones adoptadas por mayoría..., sino con sangre y acero». Por desgracia, tenía razón. Y no sólo en cuanto al siglo XIX, sino también al siglo XX.

El escenario estaba preparado por lo que alguien definiría como una «revolución desde arriba». Bismarck sería el arquitecto de este desarrollo nuevo, fascinante y aciago. En el transcurso de la transformación del país, Berlín se extendería por lo que durante todos aquellos siglos habían parecido sólo unas arenas y unos lagos inhóspitos y poco propicios. Iba a transformarse en una gran ciudad mundial, misteriosamente deslumbrante.